

## EL AZAR DE LA VIDA

Ser planeta y contener el azar de la vida.

Engendrar el orden de la razón en el caos de la probabilidad total.

Dar al sol el amanecer sobre una concha, y sobre una mano, y sobre una mano que toma una concha en una playa de metal dorado.

El sílice se transforma en oro arrugado por la pisada de una mujer que abandona su mirada al horizonte, esa línea que todo lo invade y nunca es la misma. Esa línea que se quiebra o se tensa, que descansa o se yergue como la poderosa barbilla de una montaña. Esa línea que asemeja una recta y, sin embargo, es producto de una curva. La curvatura imperfecta de la Tierra girando con el corazón de barro.

La mujer mira al horizonte para atravesar el tiempo, para detenerlo y abrazarlo, para perseguirlo y encontrarlo. Es la extraña emoción de la contemplación del horizonte de sucesos, la misma que habría de invadir a un hombre junto a un agujero negro. El vacío del futuro convertido en presente. El vacío de la negación de todo. El vacío de una mano que abandona una concha como abandona un planeta.

La mujer lo sabe:

Quizás mañana nada de cuanto la rodea exista.

Entonces no habrá nadie a quien le importe.

Ser planeta y contener el azar de la vida.

Ser humano y habitarlo, y contemplarlo, y transformarlo, y aprehenderlo y amarlo. Como se aman dos cuerpos en una playa unidos por un beso. Como se aman dos mentes acariciadas por palabras. Tan natural como la caída de la lluvia sobre el océano inmenso haciendo un ruido que nadie escucha. Tan natural como la incesante rotación del planeta que nadie siente y, sin embargo, no cesa jamás mientras pies aún lo recorren para abrir los senderos de sus vidas.

La mujer abre los ojos para verlo todo de nuevo, como si sus párpados improvisaran de pronto el movimiento. Cada instante se antoja poderoso como una bocanada de futuro: la certeza de un cambio, la posibilidad de otro ahora.

Si la mano derriba, la mano construye.

Si la mente deforma, la mente endereza.

Ese albatros que flota en el cielo precisa del aire para ser. Ahora comprende: El aire también precisa del albatros para ser cielo.

Y así el hombre nunca puede caminar solo.

El planeta nunca podrá ser cuantificado por la geometría del pensamiento: la magnitud del dólar, la infinidad estadística. El planeta nunca podrá ser humano: acoger como una mano, llorar como unos ojos, sentir tan solo, aunque a veces pareciera desearlo con su pronto volcánico, su marejada rumorosa, su respiración huracanada, su tiritar impreciso en la escala Richter.

De pronto todo tiembla y nada significa.

No es el miedo de una mujer, de un animal, de un hombre.

No es el oscilar leve de un tallo, el cimbrar de un junco.

Es la tierra que abrupta emerge, que eleva su corazón a la superficie, que parece reclamar y no reclama su necesidad de vida.

Es acaso azar y determinismo en una misma moneda de una sola cara.

La mujer tiembla con la concha y el corazón en la mano porque no comprende. Porque nadie en verdad comprende a la Tierra y su lenguaje de signos. La nube toma su forma sin obedecer mandato, el río rige su cauce sin escuchar las voces. No hay nada humano en ella excepto el propio ser humano que la viste con sus ciudades y jardines, la tatúa con su siembra, la acaricia con su ganado. Nadie podría preguntarle si preferiría proseguir su rotación desnuda, recorrer el cosmos desprovista de la diminuta razón del hombre. Acaso quien pregunta y encuentra respuesta se engaña. Acaso engaña simplemente para moldearla bajo la geometría de un pensamiento nunca lo suficientemente grande, ni extenso, ni hermoso.

Si de pronto todo fuese humano:

No más temblor, huracán, erupción, tormenta.

No más inquietud, azar, sorpresa.

No más conchas sobre la playa.

Sólo manos y manos vacías de mujeres pisando lugares dorados sin arena, admirando horizontes paralelos, improntando su vista con promontorios exactos como la redondez de una canica.

Y si la geometría fracasa sólo quedan mentes vacías como cuencos que ya nada llena. Porque el afuera agotó su existencia, porque la mano domesticó la lluvia para encerrar su actitud salvaje en la presa, el cubito de hielo, la caldera. Porque la naturaleza nunca tuvo voluntad ni ahora tiene el azar de su cuerpo de agua y roca.

La concha no es distinta de la mano.

El corazón no es distinto del estambre.

Toda la vida se propaga como la semilla de una palabra sobre una hoja. Qué hermoso y ciclópeo organismo amasando la tierra: la bacteria y la ballena, la hormiga y

la secuoya. Biblioteca del mundo poblada de gigantes abrigados en su inmensidad pequeña.

Tantas soledades para crear muchedumbre.

Tan ingente muchedumbre y, sin embargo, aún soledades.

Ser planeta y contener el azar de la vida. Respirar con todos los pulmones, comer con todas las bocas, abrazarse a la tierra con todas las raíces. Beber, dormir, morir: inevitablemente. El tiempo transcurre como quieto, los ojos abiertos o cerrados, las manos vacías o llenas, las hojas en las copas o a los pies tendidas como baldosas.

Un reloj determina el ahora con el péndulo suspendido.

También el luego.

También el mañana.

Un pensamiento recorre el tiempo con la suavidad afilada de un cuchillo: Los bosques transforman sus cuerpos en hojarasca de papel, los océanos atesoran joyas de plástico, pecios de metal, los animales muertos se posan sobre platos de porcelana.

Tic.

Tac.

Hoy ya es mañana.

Las conchas desaparecen. Las playas se ahuecan. Las ciudades se agigantan.

Todos los hombres son un hombre, su repetición se antoja un exceso de espejos, un brutal espejismo real como un desierto. Si el oasis existe qué importa. Si el agua no existe qué importa. Preciosa sequía, vientre estéril, conjunción de holocaustos. Todos los seres tienen sed de aquello que les falta.

Y si faltara el mañana:

Entonces no habría a quien le importe.

La mujer lo sabía y aún lo sabe, por eso titubea con la concha en la mano después del temblor y el miedo. Dejarla caer o guardarla. Tomarla o quebrarla. Ceder o luchar. Decidir un destino tan pronto: antes de que sea tarde, de que la caída inicie su descenso, de que nazca el primer fragmento, de la rendición irrenunciable.

Si todo tiene su momento el ahora nos pertenece.

Como si el tiempo fuese la posesión más preciosa, la decisión la consecución de un instante, el futuro la trayectoria que se inicia ahora.

Y ahora.

Y ahora.

El horizonte acoge los sucesos sin destensar su línea. Las montañas arrugan sus caras y el hombre no lo advierte. Los ríos vacían sus gargantas, los mares encogen sus estómagos, los bosques abandonan sus refugios, los animales olvidan su existencia. El planeta a ratos no respira.

Y el hombre no lo advierte.

Qué inmensa muerte: el océano y la roca tan quietos que la luz se espesa en sus resquicios. Negar el movimiento para negar el destino. Si algo sucede qué importa. No hay observador que lo contemple, mente que lo imagine, vida que lo sienta. La lluvia ya no cae hendiendo la soledad oceánica. El aire ya no es cielo. Ya no declina el albatros. Tampoco se alza.

Toda la oscuridad se agolpa en la realidad sin ojos.

El Sol no ilumina ni calienta. La luz esparce su semilla estéril con la generosidad de unas manos huecas. No hay mujer sobre la playa, ni conchas. No existen los nombres en la soledad del futuro negado.

El péndulo quieto.

Muy quieto.

Que nadie mira.

La mujer pisa la playa con sus pies pequeños. La indecisión agiganta la importancia de su ahora. Toda la arena alrededor es un inmenso laberinto de sucesos replegados. Las voces y los hechos parecen insuficientes. Si acaso ya lo fuesen qué terrible futuro vacío de futuro. Al final aguardan lo pesado y lo ingrático de un planeta que flota en una oscuridad poblada de estrellas.

Lucen como lágrimas, la mujer piensa.

Nos lloran.

Sin ojos.

Y nosotros las vemos.

La distancia inconmensurable del espacio y el tiempo al alcance de las pupilas. La caricia de un fósil de luz yaciendo en la retina. Ésos son soles que amamantan planetas quizás yermos, quizás ansiosos del azar de la vida. Aguardan el tesoro de la posibilidad cierta de un hecho improbable. Albergar a la mujer y la concha, tender en su vientre la playa dorada, abrigarse del frío espacio con el azul oceánico.

Qué decisión.

Piensa.

Como si sólo existiese una: un único camino para recorrer la playa, para atravesar su cuerpo de sílice, para hollar su esplendor dorado, para extraer sus tesoros.

Qué decisión.

Y las estrellas lloran.

Acaso el azar de la vida torne de pronto imposible. Ni aquí, ni allá, en ninguna parte. Un pequeño mundo desordena las moléculas del universo. Una sucesión de

instantes produjeron este ahora. El mismo ahora impreciso del que toda improbabilidad depende.

Cuándo volverá a ocurrir el azar de un nombre.

De una libélula.

Un hombre.

Los pies de la mujer se mojan lamidos por las olas. El agua se arremolina en sus tobillos. Las partículas de arena se aposentán o son llevadas, sumisas como las manecillas de un reloj.

Tic.

Toc.

Del mar emergen el alga, la concha, la medusa. Sus cuerpos muertos crean un único labio largo y oscuro que besa el borde de la playa. Caídos como guerreros abatidos, como estrellas apagadas. Un beso que pretende la dimensión de un planeta: Engendrar minerales inertes, líquidos predecibles, ríos sin alma, montañas sin orgullo. Toda la Tierra un vientre de moléculas ordenadas como voluntades rotas, como órbitas viejas reiteradas, como un jardín de péndulos.

Sucede que puede ser cierto.

Lo verosímil ocurre.

Tal vez.

El hombre besado por ese labio único y monstruoso que recorre el planeta intermitente. Se muestra a los ojos. Desaparece. Enseña los dientes perfectos tras la boca. Desaparece. Su blancura acaso confunde, como el brillar de un cuchillo, como una moneda de una sola cara.

Hay azar también en su existencia destructora.

Hay un sutil determinismo.

El jardín del Edén exhibe sus serpientes con immaculado orgullo. No hay nada terrible en su presencia, todo ocurre a la luz del día. La Tierra aún gira. El sol aún sale.

La luna se derrama.

La tentación y la mano.

Y una concha.

Ser planeta y contener a esa mujer que toma una concha sobre la playa, que la guarda entre sus manos, que vuelve a casa y despacio la entrega.

Promesa de tantos futuros.

Su hijo sonrío.